

Cuentos y *articuentos*: nuevos datos sobre bibliografía de la narrativa breve de Clarín

ÁNGELES EZAMA GIL
(Universidad de Zaragoza)

En un trabajo reciente he apuntado la necesidad de prestar atención a la prensa de provincias para tener una visión más completa de la obra periodística y literaria de los escritores españoles (Ezama 2015: 219). Esta circunstancia es particularmente interesante por lo que concierne al género del cuento, cuya difusión desde el siglo XIX es fundamentalmente periodística, por lo que la primera edición de los relatos suele documentarse en la prensa y no en el libro (Ezama 1992: 35).

Los cuentos que recojo en la presente colaboración son relatos cuya primera versión periodística no estaba hasta ahora documentada; en ocasiones incluso algún relato con variantes sobre otro ya conocido. Incluyo también alguno de esos relatos de carácter mixto que González Herrán tildó de *artículos/cuentos* (2002: 211), una forma «a veces, intermedia, otras, mixta» entre el género breve periodístico y el literario. Esta factura híbrida se da en la narrativa breve clariniana muy a menudo en relación con el periodismo pero también el teatro, el diálogo, la forma epistolar o el costumbrismo, y es un exponente de la concepción laxa de los géneros literarios que el autor defiende (Ezama 2001: 285-287).

González Herrán (2002: 212-213) documenta este género de escritos en Clarín desde el temprano *Juan Ruyz* (1868) y afirma que continúa en esta línea durante toda su carrera periodística. Anota el citado crítico (2002: 24-215) el uso que el escritor asturiano hace de los procedimientos narrativos y de los recursos costumbristas en su periodismo político («Un candidato») y en su crítica literaria («Malos humores. Diálogo y no platónico», Ezama 1988), y ofrece un repertorio de estos textos mixtos (González Herrán 2002: 222-223).

Para el objeto de este trabajo, y aunque resulte anacrónico, es igualmente útil el marbete inventado por Juan José Millás para sus columnas periodísticas en 1993, el de *articuentos*, que ha sido objeto de algunos comentarios. Valls (2001) los considera híbridos genéricos, que inicialmente son artículos de opinión publicados en prensa, pero cuyos procedimientos retóricos y motivos están más cerca de los clásicos textos de ficción, la fábula o el microrrelato fantástico, que utiliza con una intención crítica. Andrés-Suárez (2005) parte de la consideración de los artículos periodísticos de Millás en términos de *columna* y analiza su relación con el microrrelato; a ambos les unen la brevedad, la concisión, la intensidad, la condensación, la economía de medios, la eliminación de lo accesorio, la omisión y la expresividad, la calidad estética y la autonomía; considera que la columna puede ser literaria pero ello no significa que sea un microrrelato, y que este se caracteriza por la narratividad cifrada en la progresión del tiempo que conlleva un cambio de situación; finalmente, apunta que algunas columnas poseen «cierta carga narrativa y ficcional»: son textos híbridos. Mancera (2009-2010)

considera también el *articuento* como subgénero periodístico resultado de la hibridación entre el microrrelato y la columna de opinión, y apunta que entre ellos hay artículos próximos a los textos de ficción, a la fábula o al microrrelato fantástico; analiza cómo la ficción es un tema recurrente en las columnas de Millás. El propio escritor en entrevista para el programa de TVE *Página 2* emitido el 1 de enero de 2012, a propósito de la edición de sus *Articuentos completos* en 2011, a la pregunta del entrevistador: «si decimos que es un híbrido entre relato breve y artículo periodístico, ¿decimos la verdad?», responde: «sí, decimos la verdad porque justamente es eso. Es un cuento fecundado por el periodismo y una forma de periodismo fecundada por el cuento. Y de esa mezcla surge este artefacto» [...].

Un *articuento* olvidado: «Don Longinos»

Este relato se publicó en el suplemento ilustrado de *La Correspondencia de España* el 16 de abril de 1896.

Es un *articuento* como aquellos en los que Clarín parodia diversos tipos y situaciones de la política y la literatura como «Post-prandium», «Estilicón», «Un candidato», «De la comisión» o «El poeta-búho» (Ezama 1997: LXVII-LXIX). En él se ofrece la caricatura del escritor polígrafo, aquejado de una pasión incurable por la escritura, la *scribendi cacoethes* de que hablaba D. Juan Valera; en este caso se trata de un anacrónico poeta épico, autor también de sonetos con estrambote, luego escritor en prosa sobre temas astronómicos en varias revistas, y por fin periodista de político, todo ello sin que nadie le lea. En el desempeño de esta última tarea Longinos aborda problemas de política internacional de actualidad en términos abstractos, sin documentarse en fuentes de primera mano, recurriendo básicamente a su imaginación (Clarín le tilda de periodista *telepático*), que le lleva a representarse los distintos países como en las caricaturas políticas, y acudiendo, para informarse, a periódicos franceses e ingleses y a la agencia Fabra de noticias: está completamente despegado de la actualidad sobre la que pretende escribir con lo que sus pronósticos resultan a menudo fallidos; su mal desempeño en este último oficio le lleva a ser relegado nuevamente a la escritura astronómica.

El texto se halla articulado sobre la expresión «ser largo», que se utiliza aquí como sinónimo de escribir por extenso («escribiendo, don Longinos... no podía ser más largo»), pero también de escribir sobre un tema lejano en el espacio como el de la astronomía o sobre política internacional; es un caso similar al del cuento «El oso mayor», que se construye sobre la frase «hacer el oso». De estas expresiones coloquiales gusta especialmente Clarín, que las utiliza en este texto con profusión: «ni Dios lo leía», «parece chino», «era un pico regular», «el mentir de las estrellas», «la cuadratura del círculo», «ahí que no pecas» (adaptación de la frase hecha «aquí que no peco», genuinamente decimonónica), «tirar de la manta», «descubrir el pastel», «no había quien le apease de su burro», «otra le queda», «dar al traste», «tenía en las puntas de los dedos», «sabía por experiencia cómo las gastaban», «por la cuenta que le tenía», «diga usted todas las perrerías que quiera».

Clarín se vale en este caricaturesco relato de algunos recursos lingüísticos utilizados con finalidad humorística. El primero y fundamental es la polisemia del adjetivo *largo*, que también está presente en su forma cultista, *longo*, arcaica y tan fuera de uso como la

escritura del protagonista; de esta última derivan el nombre y apellidos del personaje Longinos Sotolongo (dejando aparte de las reminiscencias bíblicas del nombre, de las que también saca partido el escritor), el mote de *Longobardo* que se le impone tras la escritura de su poema épico (por lo remoto y anticuado del tema, por lo anacrónico del género y por lo pesado), y el neologismo *longinesco*, representativos todos ellos de la interminable manía de escribir que aqueja al protagonista. Y esto sucede en un momento de la historia literaria en el que lo que está de moda es «escribir corto», cfr.: «el *crack* de la *novela larga*, le tiene loco de contento. Sus principales antiguos enemigos, son *novelistas largos*. (Él escribe cuentos)» (Clarín, «González Bribón», *Cuentos morales*, 1896).

El equívoco sirve al mismo fin: «tenía una pluma [...] con ella daba pasión y muerte al *verbo*... al verbo castellano», «eran paralelas las rectas que se encuentran en el poema de Longinos, hacia el último canto», «no hables más del mentir de las estrellas. Habla del mentir de la diplomacia», «vengo de la osa mayor [...] Déjate de osas y habla del *oso* del Norte», «no mandes que pase de la Sublime Puerta [...] eres nuestro plenipotenciario cerca, es decir, lejos de todos los gabinetes y *Puertas* del mundo».

La hipérbole y la metáfora también contribuyen al efecto humorístico. Son ejemplos de la primera: el poema *Los longobardos* «era tan largo como el *Ramayana* y la *Ilíada* juntos», un «poema infinito» y Longinos un «poeta interminable». Y de la segunda: la metáfora bíblica del nombre de Longinos que maltrata y asesina a la lengua con su pluma / lanza, «el *finisterre* de las cuartillas», «el oso del Norte» (marbete con el que se denomina a Rusia en la prensa decimonónica); «el mundo no era más que un continuo juego de ajedrez y [que] las naciones no pensaban más que en darse mutuamente jaque mate», «la estrella con rabo» (el cometa).

La ironía asoma desde el comienzo del texto: «escribiendo, don Longino... no podía ser más largo» (sentido contrario al que habitualmente se asigna a esta expresión). Contribuye a afianzarla el cliché literario o diplomático habitual en la prensa, que Clarín suele reproducir en cursiva: «era... un vate *no comprendido*, «varios parásitos se juntaban para *romper moldes*», «*los gabinetes de las grandes potencias*», «*oso* del Norte», «la pérfida Albión», «*La Rusia y la Sublime Puerta* y la *Nebulosa Albión* y el *Quirinal*», «*el ministro inglés*». Y los vulgarismos con que se expresa el copropietario del periódico: «los planes de *el Romero Robledo* y los de *el Silvela*», que evidencian su incultura: «al John Bull, o bull-dog, o como se llame eso»[...].

Un cuento reescrito: de «Doctor Sutilis» a «Tarde y con daño». El *Clarín ilustrado*

El cuento «Doctor Sutilis» fue publicado por vez primera en *Revista de Asturias* (25 de julio de 1878) y luego en *La Unión* (7 de agosto de 1878, pp. 3-4; 8 de agosto de 1878, p. 3) y se incluyó en la colección póstuma a la que da título en 1916 (Ezama 1988: 781-786). Su título es metafórico, el del sobrenombre con el que era conocido el filósofo Duns Scotto, con el que se alude al protagonista, Pablo, poeta y soñador. En su segunda versión el título corresponde a una frase hecha, «Tarde y con daño», muy utilizada en la prensa del siglo XIX y primer tercio del XX, y que incide en la peculiaridad de la relación amorosa entre Pablo y Restituta más que en el protagonista.

El relato es notoriamente irónico, haciendo uso de una retórica romántica anacrónica y convencional, mucho más acusados estos rasgos en la primera versión que en la segunda. El tratamiento irónico se apoya en el relato de 1878 en diversos recursos, entre ellos el uso de *nombres parlantes* (Kronik 1965; Amores 2010) como los de Suero de Quiñones, Don Pantaleón de los Pantalones, Restituta y Pablo, o el uso frecuente de frases hechas («se llamaba Andana», «coger cotufas en el golfo», «estaba como el alma de Garibay», «se le supo muy pronto de memoria»); estos recursos se aminoran sustancialmente en la versión de 1897, sobre todo el uso de frases hechas; también se reducen las apelaciones al lector, que conjuntamente con el discurso coloquial, aproximan la factura del texto de 1878 a la del palique.

Además, la primera versión del relato es una diáfana crítica de la poesía en verso como la que *Clarín* hace en muchos de sus artículos críticos y en algunos de sus artículos/cuentos, tales «El poeta-búho» (1882) y «Versos de un loco» (1896); así se pone de relieve en referencias como las que se hacen al *Romancero de la Guerra de África* de Eduardo Bustillo, a Pablo como poeta «predominantemente subjetivo, como dicen en el Ateneo, sección de Literatura», a la escritura de Pablo en términos de «suspirillos germánicos», a la poesía en prosa que defiende Luis Vidart, y también en la diatriba final contra los poetas de imitación.

El relato es mucho más largo en su primera versión, dividida en 5 partes, que en la segunda, sin división alguna excepto en su parte final; en esa segunda versión se abrevia sustancialmente y se modifica la redacción de algunos de los párrafos que se mantienen, transformándose sobre todo la parte inicial y final del cuento. El resultado es más narrativo y menos crítico. Este texto, en sus dos versiones, representa muy bien la distancia que media entre el artículo periodístico y el cuento de ficción en la escritura de *Clarín*.

El relato aparece ilustrado por el dibujante Ramón Cilla, ya conocido de *Clarín* por sus ilustraciones para algunos de los cuentos que publicó en *Madrid Cómico*, todos ellos de la colección *Cuentos morales*: «El caballero de la mesa redonda», «El cura de Vericueto», «La tara», «El Quin» y «La contribución». Los dibujos de Cilla (4 por relato) ilustran «Tarde y con daño» y también las primeras versiones periodísticas de «La perfecta casada» y «El señor Isla» (*vid. infra*), con una lectura bastante ajustada al texto, incluso cuando incurre en la cursilería como en el caso del «poema en prosa» de corte romántico escrito por Pablo, que se ilustra con un convencional Cupido; la pintura de tipos, tan frecuente en Cilla, se halla perfectamente representada en estos *monos*. A *Clarín* le gustan los dibujos del citado ilustrador, como reconoce en una carta a su editor Sinesio Delgado de mayo de 1894:

Dígale a Cilla que me gustaron mucho los dibujos del cura, sobre todo los del último número. Lo principal del argumento todavía no apareció; no sé cuántos números ocuparé, pero de fijo los bastantes para poder publicarse el cuento o novelilla en un tomito o folleto y entonces quisiera yo que, si puede ser, acompañasen al texto los dibujos de Cilla (Botrel 1997: 34)¹.

¹ *Clarín* mantuvo una opinión ambigua sobre la ilustración de sus textos; en principio, no parece gustarle tal práctica, así, señala en carta a su editor Fernández Lasanta de 26 de noviembre de 1890: «en general, no me gustan los libros míos con monos, y menos cuando los monos son tan malos como los de Pons (inter nos) pero reconozco la conveniencia industrial de ilustrar a veces los libros, aunque sean los míos» (Blanquat y Botrel

La práctica de la ilustración de cuentos es habitual en las publicaciones ilustradas del siglo XIX, lo que ya no resulta tan común es que esas imágenes aparezcan en la prensa diaria; de ahí lo singular de los cuentos de Alas aparecidos en *El Guadalete* y *La Crónica Meridional*.

Completando la bibliografía de los cuentos de Clarín

En el «Cuadro cronológico de los relatos y fragmentos narrativos de Clarín» que ofrece Carolyn Richmond (Clarín 2000) no figuran las primeras ediciones periodísticas de algunos cuentos, entre ellos los que a continuación detallo:

- «Historia natural. El poeta-búho», *Gil Blas*, 26 de marzo de 1882, pp. 138-139. Primera edición de este cuento recogido en *Sermón Perdido* (1885).
- «Un jornalero», *El Noticiero Balear*, 7 de junio de 1893, pp. 1-2. Posteriormente se publicó en *La Lucha*, 14 y 15 de junio de 1893, pp. 1-2; *La Crónica Meridional*, 14, 15, 16 y 17 de junio de 1893, p. 1 (folletín); *Extracto de Literatura. Semanario Dosimétrico Ilustrado*, 19 de junio de 1893, pp. 5-11. Primera edición de este cuento recogido en *El Señor y lo demás, son cuentos* (1893).
- «*Colaboración inédita. La perfecta casada*», *El Guadalete*, 3 de marzo de 1895, pp. 1-2, ilustrado con dibujos de Cilla; lleva una nota al pie que reza: «véase como *pendant* “La imperfecta casada” del autor, cuento publicado en *El Liberal* de Madrid», por lo que son cuentos estrechamente relacionados en la escritura clariniana y el segundo dependiente del primero y principal, a manera de colgante de una joya. Primera edición de este cuento recogido en la colección póstuma *Doctor Sutilis* (1916).
- «El señor Isla (*colaboración inédita*)», *La Crónica Meridional*, 7 de mayo de 1895, p. 1; ilustrado con dibujos de Cilla. Primera edición de este cuento recogido en *Cuentos morales* (1896).
- «*Colaboración inédita. González Bribón*», *El Guadalete*, 3 de julio de 1895, p. 1. Primera edición de este cuento recogido en *Cuentos morales* (1896).
- «*Colaboración inédita. Flirtation legítima*», *El Guadalete*, 8 de octubre de 1895, p. 1. Primera edición de este cuento recogido en *Cuentos morales* (1896).
- «Versos de un loco», *La Correspondencia de España. Suplemento ilustrado*, n.º 49, 1 de abril de 1896, pp. 10-12; ilustrado por Huertas. Primera edición de este *articuento* que fue recogido en la colección póstuma *Doctor Sutilis* (1916).

1981: 55). *La Regenta* se acompañó de imágenes de Joan Llimona en su mayor parte y solo de unas cuantas de Francisco Gómez Soler, hasta un total de 135, que ofrecen una lectura bastante servil del mismo en el que se presta mucha atención al detalle y se cometen solo pequeñas infidelidades con respecto a él (Botrel 1998). Consintió el escritor en que la segunda edición de su libro *Solos de Clarín* (1891) fuera acompañada con dibujos de Ángel Pons: «He recibido los dibujos de Pons que me han gustado mucho, de modo que ahora soy yo el que desea que se ilustre la obra» (carta a Fernández Lasanta de 18 de diciembre de 1890, en Blanquat y Botrel 1981: 59). Posteriormente pensó en ilustrar *Doña Berta. Cuervo. Superchería, El Señor y lo demás son cuentos*, y toda su producción cuentística en un volumen, «un tomo grande que comprendiera *Pipá -Doña Berta-* los cuatro cuentos de *Solos* y los de ahora» (carta a Fernández Lasanta de 14 de junio de 1893; *ibid.*: 72); ninguno de estos proyectos se llevó a término.

- «Don Longinos», *La Correspondencia de España. Suplemento ilustrado*, n.º 50, 16 de abril de 1896, pp. 10-12. Articulo inédito.
- «Aprensiones», *El Adelanto. Diario político de Salamanca*, 10 de enero de 1897, pp. 1-2. Primera edición de este cuento recogido en *El gallo de Sócrates* (1901).
- «Colaboración inédita. Tarde y con daño», *El Guadalete*, 8 de marzo de 1897, p. 1; ilustrado con dibujos de Cilla. Segunda versión de «Doctor Sutilis».

Bibliografía

- AMORES GARCÍA, Montserrat. (2010). «De nombres parlantes y apodos en la novela realista española». En *Al otro lado del espejo: comentario lingüístico de textos literarios: homenaje a José Manuel Blecua Perdices*. Coord. Glòria Clavería Nadal y Dolors Poch Olivé. Barcelona. Ariel. 219-242.
- ANDRÉS-SUÁREZ, Irene. (2005). «Columna de opinión, microrrelato y articulo: relaciones transgenéricas (1)». *Ínsula*. 703-704, julio-agosto. 25-28
- BLANQUAT, Josette, y Jean-François BOTREL (ed.). (1981). *Clarín y sus editores. 65 cartas inéditas de Leopoldo Alas a Fernando Fe y Manuel Fernández Lasanta. 1884-1893*. Université de Haute-Bretagne. Rennes.
- BOTREL, Jean-François. (1997). «71 cartas de Leopoldo Alas «Clarín» a Sinesio Delgado, director de *Madrid Cómico* (1883-1899), y seis de Manuel del Palacio». *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*. LI. n.º 149, enero-junio. 7-53.
- . (1998). «Novela e ilustración. *La Regenta* leída y vista por Juan Llimona, Francisco Gómez Soler y demás (1884-1885)». *Del Romanticismo al Realismo (Barcelona 24-26 de octubre de 1996)*. *Actas del I Coloquio de la SLES XIX*. Luis F. Díaz Larios y Enrique Miralles (eds.). Publicacions de la Universitat de Barcelona. Barcelona. 471-485. [Disponible en internet](#).
- CLARÍN. (2000). *Cuentos completos/2*. Carolyn Richmond (ed.). Madrid. Alfaguara.
- EZAMA GIL, Ángeles. (1988). «La crítica de la poesía en verso y un olvidado relato de Clarín». *BIDEA*. 779-803.
- . (1992). *El cuento de la prensa y otros cuentos*. Zaragoza. Prensas Universitarias de Zaragoza.
- (ed.). (1997). *Clarín, Cuentos*. Barcelona. Crítica.
- . (ed.) (2001). *Clarín, ¡Adiós Cordera! y otros cuentos*. Barcelona. Crítica.
- . (2015) «Literatura periódica y dispersión: algunas colaboraciones olvidadas de Clarín en la prensa de provincias». *Revista de Literatura*. LXXVII. 211-247. [Disponible en internet](#).
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel. (2002). «Artículos/Cuentos en la literatura periodística de Clarín y Pardo Bazán». *La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX*. Luis F. Díaz Larios [et al.] (eds.). Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX. Coloquio (2.º. 1999. Barcelona). Barcelona. Universitat. 209-227. [Disponible en internet](#).

- KRONIK, John. (1965). «The Function of Names in the Stories of Alas». *Modern Languages Notes*. 80.2. 160-165.
- MANCERA RUEDA, Ana. (2012). «El articuento: una tradición discursiva a medio camino entre el periodismo y la literatura». *Especulo. Revista de Estudios Literarios*. N.º 543, 2009-2010.
- MILLÁS, Juan José. (2012). «Entrevista». *Página 2*. TVE, 1 de enero de 2012. [Disponible en internet](#).
- VALLS, Fernando. (2001). «Prólogo. Los articuentos de Juan José Millás en su contexto». Juan José Millás, *Articuentos*. Barcelona. Alba. 7-14.

Apéndice

1.- «Don Longinos», *La Correspondencia de España. Suplemento ilustrado*, año III, n.º 50, 16 de abril de 1896, pp. 10-11

Le pusieron este nombre porque nació el 15 de marzo; pero, sin querer los padrinos, resultó nombre simbólico. No porque Longinos tuviera una lanza y con ella pinchara a Cristo, sino porque tenía una pluma más larga que el lanzón de Don Quijote, y con ella daba pasión y muerte al *verbo*... al verbo castellano.

En fin, que, escribiendo, don Longinos... no podía ser más largo. En sus artículos no era la lógica quien determinaba el final, sino el *finisterre* de las cuartillas. Cogía un buen puñado de ellas, y hasta que llegaba a lo más bajo de la última no decía aquello de... «Y por no molestar más a nuestros lectores, renunciemos por hoy a entrar en consideraciones que nos llevarían demasiado lejos». Longinos Sotolongo.

* * *

Su primera obra fue un poema en octavas reales titulado «Los longobardos». El poema era tan largo como el *Ramayana* y la *Iliada* juntos. Y como Longinos se llamaba en el texto a sí propio bardo, y era tan pesado, tan largo, tan *longo*, el quedó el mote de *Longobardo*. Después hizo, y dio a luz, una colección de sonetos, todos con estrambote.

Con estas y otras semejantes atrocidades adquirió fama de funestísimo poeta; y sin embargo, el público era injusto con él, porque a pesar de su mucha fama, toda mala, en rigor el *Longobardo* era... un vate no *comprendido*. Claro; cómo habían de comprenderlo sin leerle. Y ni Dios lo leía. Todos hablaban mal del «Poema de los longobardos» y nadie había pasado de la primera mitad del primer canto.

Sucedía con esta epopeya tan mala algo parecido, *solo que al revés*, a lo que pasa con otras epopeyas muy buenas, que todo el mundo alaba... sin leerlas.

El descrédito de Longinos se parecía al crédito de algún literato de *gloria fiduciaria* que conozco yo, el cual disfruta de muy buen concepto, se ve siempre en la lista de la media docena de escritores eminentes, ¡y no le ha leído nadie! No se puede leer: se empieza, y no sé qué le da a uno, que no se puede seguir. Parece chino aquello a los pocos renglones y no es que no esté claro, sino que no se puede entender lo que dice allí. Misterios del opio.

Pues bueno; a Longobardo no le había leído nadie tampoco, y todos le tenían por una calamidad pública.

Algo olió de esta manía del público el interminable poeta, y para conseguir que alguien se enterara de sus lucubraciones, se gastó la legítima paterna, que era un pico regular, en crear una sociedad literaria titulada *La Reforma*, en la cual varios parásitos se juntaban para *romper moldes*, beber y comer a costa de Longobardo... y oírle declamar sus versos... su epopeya, singularmente. Pero *La Reforma* la mató un chusco cambiándole el nombre. La llamó *La Caravana*. Se junta, decía, para atravesar el desierto de Los Longobardos.

Según otro gracioso, eran paralelas las rectas que se encuentran en el poema de Longinos, hacia el último canto.

* * *

Después de muchos desengaños y sinsabores, Longinos se convenció de que él no había nacido para ser poeta en esta vida efímera, transitoria, en que no hay tiempo apenas para rascarse, cuanto más para leer poemas infinitos. Renunció a la poesía sin fin, como el tornillo, y se dedicó a la prosa. Pero, no queriendo dejar de ser largo... en algún concepto, se dedicó a la astronomía, a escribir del mentir de las estrellas. No podía ser más largo... es decir, no podía ir más lejos por el asunto. Pero también se cansaron en los periódicos de publicarle sus cálculos acerca de la eternidad, y de la infinidad del tiempo y del espacio. Fatigaba leer aquellas lucubraciones llenas de cifras relativas a cosas que habían pasado tantos miles de años hacía, si era que habían pasado, y que *tenían lugar* a tanta distancia, que mareaba.

Le echaron de varias redacciones por culpa de la vía láctea, que ya tenía locos a los suscriptores.

«¡El demonio del Sirio ese, decía el propietario, gallego *él*, de una revista de jabón de familias; el demonio del Sirio ese, que por poco me deja sin un favorecedor en todo Cacabelos!»

Los de Cacabelos eran enemigos del cálculo desde que habían tenido en casa el sabio aquel de la cuadratura del círculo.

* * *

Cuando ya Longinos iba a morir en *lenta pero continua* agonía, de pura inanición, porque no encontraba dónde colocar un artículo (claro; no cabían en ninguna parte) un amigo compasivo le admitió en un periódico de su dirección, pero con tal de que no se metiese con las nebulosas.

-Acércate más, hombre; trata de asuntos más próximos a nosotros.

-Bueno, transijo. Pero lo más que puedo hacer en tu obsequio es escribir... de política internacional. No me hagas meterme, a mí que vengo de la osa mayor, en las intriguillas callejeras de Madrid... no paso la frontera; lo más *acá* a que llegaré será... los *gabinetes* de las grandes potencias, pero no mandes que pase de la Sublime Puerta.

-Corriente. No hables más del mentir de las estrellas. Habla del mentir de la diplomacia. Déjate de osas y habla del *oso* del Norte, de Rusia, y sus segundas y terceras intenciones... En fin, eres nuestro plenipotenciario cerca, es decir, lejos, de todos los gabinetes y *Puertas* del mundo. Ahí que no pecas.

* * *

Longinos, satisfecho, puso otra condición, respecto de la forma: que le dejaran extenderse... ser muy largo. Los días que había poco original reunido a tiempo por falta de noticias o por culpa de la pereza, ya se sabía: salían a relucir los redomados planes de la pérfida Albión; a no ser que Longinos, de buen humor, se decidiese a ser festivo, y llamase a Inglaterra John Bull y a los Estados Unidos *Tío Sam*.

Y había que verle llenar columnas y columnas del periódico con el exclusivo objeto de tirar de la manta internacional y descubrir el pastel de los planes de Gladstone o de Chamberlain o de Cleveland o de toda la diplomacia europea en masa... El pobre había llegado a figurarse a las diferentes potencias en las figuras con que las representaban los caricaturistas *internacionales*, que abundan por esos mundos de Dios.

No había quien le apease de su burro, y estaba convencido de que Alemania (la *abstracción* diplomática Alemania) se proponía tal y cual cosa, así en el continente viejo

como en todas las colonias; lo que a él se le había antojado haciendo cálculos con datos... tomados de los periódicos.

No parecía sino que recibía todas las mañanas carta confidencial de todos los ministros de Estado de Europa y de América, y de todos los grandes hombres de la política así de América como de Europa.

Y todo se reducía a cavilaciones suyas que tenían por fuentes más remotas revistas de tres o cuatro periódicos de gran circulación franceses y los telegramas, traducidos del *Times*.

El pobre no dormía pensando en la intención profunda de la más inocente nota del *ministro inglés*... pero en cambio se dormían los lectores sobre aquellos *mapamundis* de telarañas ideales en que la imaginación del cándido Longinos enrolaba todas las comarcas de la tierra, creyendo que el mundo era un continuo juego de ajedrez y que las naciones no pensaban más que en darse mutuamente jaque mate.

No se fijaba el infeliz *Longobardo* en que él no conocía ni a un mal cónsul, en que los planes ocultos de los gabinetes, cuando los había, tenían que ser, por fuerza, bastante complicados y secretos para que un infeliz periodista español, con treinta duros de sueldo al mes, no pudiera dar con ellos.

¡Buenos estarían la Rusia y la *Sublime Puerta* y la *Nebulosa Albión* y el *Quirinal* si sus manejos, proyectos, lazos, trampas y artimañas pudieran ser adivinados por Longinos, que no sabía más que lo que le contaban *Le Journal des Débats*, *Le Temps* y la Agencia Fabra.

Algunas veces los hechos de las potencias desmentían las suposiciones de Longinos; probaban que se había equivocado, que no había visto ni el carácter de tal política ni la *segunda* de tal intención; pero Longinos se consolaba diciendo:

-¡Otra le queda!

Y hubiera llevado a España a la ruina, con la conciencia más tranquila, haciéndola contraer unas alianzas y desechar otras, según lo aconsejaban las combinaciones de tablero de ajedrez que el mísero periodista *telepático* tenía por cosa cierta.

Aunque el periódico de Longinos era de mucho crédito, hubiera llegado a dar al traste con él la política internacional... e interplanetaria e inter... minable de aquellos artículos longinescos, a no haber mediado el buen sentido de uno de los copropietarios, hombre público... y de negocios, que no sabía nada de la Puerta del Sol para allá, pero que tenía en las puntas de los dedos los planes de *el* Romero Robledo y los de *el* Silvela, etc., etc., porque trataba a esos señores, comía con ellos y sabía por experiencia cómo las gastaban. Este copropietario, por la cuenta que le tenía, llegó a cuadrarse, y una noche le dijo al amigo en la redacción:

-Ea, don Longinos; desde mañana me deja usted en paz al Tío Sam, y al John Bull o bulldog, o como se llame eso; todos sabemos y lamentamos lo pérfida que es la Albión nebulosa, y lo poco que hay que fiar de los anglosajones, pero como nosotros no podemos remediarlo, usted se vuelve a su astronomía y dirá usted de los planes de la luna y de Andrómeda todo lo que quiera. Precisamente estos días se anuncia la aparición de un cometa... Pues, desde el próximo número, dejará usted en paz a Chamberlain y al Quirinal... y diga usted todas las perrerías que quiera de la estrella con rabo.

2.-«Colaboración inédita. Tarde y con daño», *El Guadalete*, 8 de marzo de 1897

Si le hubierais conocido hace ocho años, no le conoceríais ahora. Su cabeza rapada, era entonces enmarañada selva de ébano. ¿Veis esos ojos insignificantes a que unos lentes de

crystal de roca quitan toda expresión? Eran hace ocho años llamaradas de un incendio. Tiene 28 años y es agente de bolsa: a los 20 era soñador de oficio. A esta edad era pagano como el santo de su nombre. Mirando a las estrellas, a las olas, a las hojas del bosque, a las espigas de la llanura, lloraba de repente sin saber por qué; y era feliz en medio de penas sin nombre y sin cuento.

De cada amapola que veía en un campo de trigo se enamoraba; y se tenía por un ingrato si de una sola llegaba a olvidarse. Cada vez que el sol se ponía despedíale Pablo con lágrimas en los ojos.

Comprenderá el lector que vivir así era imposible.

Tanto más, cuanto que Pablo no tenía sobre qué caerse muerto... ni vivo.

Un día su señor tío, don Pantaleón de los Pantalones tosió tres veces consecutivas delante de su sobrino Pablo que le estaba comiendo un lado, según aseguraba el tío hiperbólicamente.

-Pablo -dijo- esto no puede seguir así.

Pablo suspiró.

-Esto no puede seguir, porque tú ya tienes más de veinte años y no piensas en hacerte hombre; es decir, hombre en la verdadera acepción de la palabra; hombre rico. Yo te veo muy ocupado en pensar si habrá o no habrá habitantes en los demás planetas, y sé que tienes escritos muy concienzudos trabajos acerca de la naturaleza de lo bello. Todo eso será muy bonito, muy interplanetario, pero no tiene sentido común. Figúrate que yo aprieto los cordones de la bolsa. ¿Qué harás tú en adelante?

Esta es ocasión de decir que Pablo amaba a Restituta, nombre feo, pero no tanto como otro que también le convenía: se llamaba andana. Pablo era lírico, *subjectivo* [sic], y Restituta estaba por lo épico, hasta el punto de decidirse a casarse con un capitán de cazadores en situación de reemplazo. El mismo día que el capitán pidió al padre de Restituta la mano de su hija, don Pantaleón le pidió para Pablo una plaza de tenedor vacante en su establecimiento de paños y tejidos.

He aquí los *versos* que escribió Pablo con motivo de este segundo acontecimiento:

«El amor caminaba desnudo entre rosas y suavísimo césped; la brisa juguetona le acariciaba. Cuando era esto no había telares en el mundo, ni se desnudaba a los animales de su piel para vestir al lobo humano.

El amor, anda que te andarás y llegó a las breñas, halló angosto el camino y lleno de zarzas, cardos y espinas; a los primeros pasos vertió lágrimas de dolor; pero esperaba que volverían las flores y sufrió las heridas de los abrojos resignado. Siguió andando y las rosas no volvieron a aparecer; las espinas eran cada vez más y más agudas. El amor iba hecho un San Lázaro. Entonces se detuvo, sembró lino en derredor, no sin desbrozar antes la tierra; inventó la lanzadera, el telar, todo lo que le hizo falta para fabricar tela. Probó a andar otra vez, vestido de flotante túnica, pero la vida sedentaria le había hecho poltrón, afeminado y las heridas de los abrojos le lastimaban más que cuando caminaba desnudo. Fue preciso fabricar paño. Hizo trampas para cazar animales; despellejó, curtió, tundió y se vistió de señorito. La ley de las salidas le aconsejó que trabajara en grande; el espíritu industrial se apoderó del amor, trabajó para afuera y tuvo que aprender la teneduría de libros. Cuando la razón social «Amor y Compañía» se hizo respetable en todos los mercados, el amor probó de nuevo a emprender el viaje; y grande y agradable fue su sorpresa al ver que las zarzas, los abrojos habían desaparecido. El camino era otra vez de rosas y suavísimo césped; la brisa acariciaba al viajero. Todo volvía a ser como al principio. No hubo más sino que, al pasar junto a una fuente, el amor se miró en sus aguas y vio que no era el mismo ni cosa parecida. Desde aquel día el amor busca al amor y no parece».

Lo primero que extrañará el lector en esta poesía será el que esté escrita en prosa. ¿Es que hay poesía en prosa como pretende el señor Vidart? Nada de eso. Lo que hay es que yo he traducido estos versos escritos en alemán, en prosa castellana. Pablo, que había estudiado mucho mientras *anduvo desnudo*, escribía sus poesías íntimas en alemán con regular corrección.

Pero después de hacer esta, en alemán ni otra lengua alguna, viva ni muerta, volvió a encontrar consonantes como no fuera por casualidad.

Abdicó su corona de soñador, se rasuró como un monje, solo que por dentro, es decir, *se cortó la coleta* de ideas románticas. Y fue un correctísimo tenedor de libros.

Restituta positivista, vivió algún tiempo enamorada de su capitán, que era todo prosa, pero sabía lucir una porción de vistosas combinaciones aprovechando toda la bisutería de sus insignias y arreos militares.

Pero llegó un día en que Restituta se sabía de memoria todas las maneras de deslumbrar con galones, espuelas, cordones, etc., etc., que poseía su marido.

En cambio, el tenedor de libros, que no tenía unos malos pantalones colorados ni nada dorados ni plateados sobre su cuerpo, empezó a llamarle la atención a la dama.

Eran algo primos. Ella recordaba que allá, en la pubertad, había coqueteado un poco con él, así, a lo perro del hortelano. Más era: en ocasiones, cuando vivían por temporadas bajo el mismo techo, Restituta se divertía a veces en subir al cuarto de su tímido y soñador pariente... y le revolvía los papeles, empezaba la lectura de sus versos, que no comprendía, y echaba a correr asustada, muerta de risa. ¡Qué bobalicón, qué para poco le parecía entonces Pablo!... Pero, con todo, era... un bobalicón... simpático. Quién sabía... Allá... más tarde... acaso tendría ella tiempo para examinar lo que hay dentro del alma de un bendito que no sabe declararse más que al pupitre de su despacho y de manera que no se entiende.

Y ese tiempo, ese allá más tarde, había llegado, porque todo llega, para pasar enseguida.

* * *

Y pensando en el tenedor de libros, se decía, a solas, Restituta:

-¡Cómo era aquel *verso* en que juraba mi primo que se reía y lloraba al mismo tiempo! Viendo que no podría hacer memoria, pensó Restituta que mejor sería hacer entendimiento. Y lo hizo. Tanto aguzó la inteligencia, tantas vueltas dio a los recuerdos de los conceptos aprendidos a medias en los versos que *empezaba a leer*, del pobre Pablo, que al fin vino en decretar que su señor marido y capitán era un hombre muy vulgar, ella una mujer no comprendida y Pablo un primo que la hubiera comprendido perfectamente.

* * *

Ya había sido miembro de varias comisiones de Hacienda municipal y provincial, Pablo el *tenedor*, cuando su primer *ideal* se decidió a sondearle aludiendo a las tristezas del pasado.

-¿No te casas Pablo?- le dijo un día en la glorieta del jardín, a solas, cerca ya de la noche.

-¿Casarme yo? Lo dicho, dicho. Aunque lo haya dicho hace seis años, diez, dicho está. Yo amé a una sola mujer, aunque después de esta vida vaya resucitando en todas esas estrellas que parecen polvo de luz, ahí arriba, en todas esas vidas diré lo mismo; no me caso. *Aquella*; para mí, no hay más que aquella.

Restituta apreció en todo su valor este trozo de literatura corrosiva.

Hubo una pausa. Y siguió ella diciendo:

-Oye; y desde que te has hecho comerciante y sabio hacendista, ¿ya no haces versos? Parece mentira, pero... a la larga... los versos... hacen falta.... No se puede vivir sin sentir algo... en verso.

-Hace ocho años escribí los últimos.

-¿Quieres decírmelos? Sonriendo, Pablo recitó en alemán la primera estrofa de la poesía que arriba queda traducida.

-No te entiendo... Habla en cristiano...

Y Pablo tradujo. Pero no tradujo aquello de que el amor ya vestido de señorito al mirarse en la fuente no se había conocido.

Restituta no supo jamás que al sacrificar a su primo honor, tranquilidad, conciencia, todos estos sacrificios los hacía por bien poca cosa; por procurarle un placer vil, de amor propio satisfecho.

Porque el otro amor, el verdadero, el viejo al mirarse en aquel espejo de los ojos verdes, el sueño de tantos años... aquel no se había conocido.